ESPACIO VIVIDO

POBLACIONES OBRERAS DE TALCA

VERÓNICA TAPIA B
PAZ AHUMADA B
JONNATHAN OPAZO H

SEMPER ADEST
JUAN ANTONIO RIOS
1942 - 1946
CARLOS IBÁÑEZ
DEL CAMPO
1927-1931
BX PG 28

ESPACIO VIVIDO

POBLACIONES OBRERAS DE TALCA

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Desarrollo
Cultural y las Artes (FONDART Regional) 2018

ESPACIO VIVIDO: POBLACIONES OBRERAS DE TALCA.
Serie: Territorio.
Ediciones UCM
Av. San Miguel 3605, Talca, Chile.
ediciones@ucm.cl

ISBN: 978-956-7576-98-2
RPI: 308977

Director Editorial: José Tomás Labarthe.
Investigadora responsable: Verónica Tapia Barría.
Diseño e ilustraciones: Paz Ahumada Berríos.
Crónicas: Jonnathan Opazo Hernández.

Primera Edición, octubre 2019
Impreso en 1.000 ejemplares

ESPACIO VIVIDO

POBLACIONES OBRERAS DE TALCA

Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Desarrollo
Cultural y las Artes (FONDART Regional) 2018

Ediciones UCM
Editorial Universidad Católica del Maule

Facultad de
Ciencias
Sociales y
Económicas

CEUT

LAS POBLACIONES OBRERAS COMO PATRIMONIO VIVIDO

La convención internacional para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural[1] señala que los lugares, entendidos como obras del hombre u obras conjuntas del hombre y la naturaleza, son patrimonio cultural en tanto tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico. Asimismo, identifica como patrimoniales a las construcciones cuya arquitectura, unidad e integración tenga un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia.

Éste marcado énfasis en los aspectos propiamente materiales fue enriquecido con la declaración del año 2003 de salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial[2], donde los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas de las comunidades también son reconocidas como patrimoniales ya que representan la riqueza de la diversidad cultural y creatividad humana.

[1] Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). 16 de Noviembre de 1972.
[2] Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). 17 de Octubre de 2003.

¿Cómo se identifica y se protege este patrimonio cultural material e inmaterial en nuestras ciudades? En la recomendación sobre el paisaje urbano histórico del año 2011[3] se indica la necesidad de ampliar la noción de patrimonio urbano -centrada principalmente en la identificación y salvaguarda de los monumentos arquitectónicos como patrimonio material- al concepto de paisaje urbano histórico. Así, es relevante identificar, proteger y gestionar las edificaciones y construcciones en tanto valor arquitectónico y material, pero también los procesos sociales, culturales y económicos que intervienen. El desafío entonces es comprender las interrelaciones entre las formas físicas, la organización y las conexiones espaciales, las características y el entorno natural, y los valores sociales, culturales y económicos de estos conjuntos.

En coherencia con estos acuerdos internacionales, Chile cuenta principalmente con dos instrumentos legales para proteger áreas urbanas. Por una parte la declaración de las zonas típicas por parte del Consejo de Monumentos Nacionales, entendidas como agrupaciones de bienes inmuebles urbanos o rurales, que constituyen una unidad de asentamiento representativo de la evolución de la comunidad humana, y que destacan por su unidad estilística, su materialidad o técnicas constructivas[4]. Por otra, las zonas de

3 Recomendación sobre el Paisaje Urbano Histórico. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). 10 de Noviembre de 2011.
4 Definición de Zona Típica. Consejo de Monumentos Nacionales del Gobierno de Chile. Rescatado el 28 de Agosto de 2019 de: https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/definicion/zonas-tipicas

conservación histórica definidas por los planes reguladores comunales y entendidas como uno o más conjuntos de inmuebles de valor urbanístico o cultural cuya asociación genera condiciones que se quieren preservar[5].

En todos estos instrumentos se declara la profunda interdependencia entre los aspectos materiales y los usos, prácticas y significaciones de sus habitantes, sin embargo se observa también la dificultad que existe para integrar estos elementos en la identificación, protección y gestión de éste patrimonio.

En ese marco nos parece un aporte sustancial la idea de espacios vividos propuesta por el investigador norteamericano Edward Soja[6]. Releyendo a Henri Lefebvre[7], otro importante estudioso de los fenómenos urbanos, Soja plantea no sólo integrar los aspectos materiales del espacio con aquellos elementos más subjetivos vinculados a las experiencias y significaciones que las y los habitantes tenemos de nuestras ciudades, sino que también abrir un tercer espacio de crítica, construcción y, por qué no, revuelta.

5 Decreto N° 47, del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, que fija nuevo texto de la Ordenanza General de la Ley General de Urbanismo y Construcciones. Artículo 1.1.2. Definiciones. Publicada el 5 de Junio de 1992.
6 Las ideas sobre el tercer espacio están publicadas fundamentalmente en Soja, E. (1996). Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places. Blackwell Publishers, Oxford. Una versión más sintética la presenta en el artículo Soja, E. (1999) Thirdspace: Expanding the Scope of the Geographical Imagination integrado en Massey, D, Allen, J. y Sarre, P. (1999) Human Geography Today. Polity Press, Londres. Una excelente traducción al español de este artículo y una aproximación profunda al pensamiento de Soja se puede encontrar en Benach, N. y Albet, A. (2010). Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical. Icaria, Barcelona.
7 Para mayor detalle se recomienda Lefebvre, H. (2013). La Producción del Espacio. Capital Swing, Madrid.

Soja propone que la ciudad se puede analizar como un espacio percibido (o primer espacio), es decir, una realidad concreta y material, por ejemplo, la organización de las calles y los edificios, los tipos de construcciones, nuestros recorridos cotidianos, los itinerarios de los medios de transporte etc.Pero ¿es suficiente? Una plaza, una calle, un edificio o la manera que elegimos el camino de regreso a casa tienen que ver también con nuestras biografías, con los miedos, alegrías o sensaciones que los lugares nos provocan y producen, a esa dimensión del espacio Soja lo denomina espacio concebido (o segundo espacio), es decir, como representamos, imaginamos y simbolizamos la ciudad. Estos dos tipos de espacio son los que predominantemente han ocupado los estudios urbanos, intentando muchas veces complementar ambas perspectivas o teniendo que tensionarse entre ambos polos. De ahí la relevancia del concepto de espacio vivido (o tercer espacio), que no implica un punto intermedio entre el espacio percibido/concebido, sino que la generación de un tercer elemento.

El espacio vivido reconoce la enorme e inabordable complejidad de la experiencia espacial intentando aproximarse a la manera en que vivimos los espacios, la cual ciertamente tiene que ver con sus aspectos materiales y también subjetivos, pero no se agota en ello, es más, la ciudad como espacio vivido está en permanente construcción, se puede criticar y modificar, por lo tanto es un espacio abierto y también político. Los espacios en tanto espacios vividos son al mismo tiempo materiales e imaginados, son prácticas concretas –caminar, tomar el colectivo, sentarse en un banco de una plaza- pero también imaginativas -evitar una esquina peligrosa, el recuerdo que re-vive al sentarse en determinado banco de la plaza- que se recombinan y mezclan generando nuevas espacialidades por descubrir. Es en ese sentido que entendemos las poblaciones obreras de Talca como patrimonio vivido y de ahí el desafío teórico/metodológico de abordarlo.

Es así como el presente libro reúne los resultados obtenidos de la investigación realizada durante el año 2018 y 2019 que buscó reconstruir el modo de vivir el espacio de las poblaciones obreras Nacional, Ferroviaria, Belgrano, Libertad y Juan Antonio Ríos a partir de fuentes documentales y especialmente los relatos de sus habitantes.

Pero ¿cómo dar cuenta de este espacio vivido? Tal como dice Soja este espacio se puede intentar cartografiar, transmitir e imaginar, pero sólo tiene sentido cuando es practicado y vivido completamente. Estimulados por esa limitación es que proponemos retratar este espacio vivido a través de un lenguaje textual en formato de crónicas y un lenguaje gráfico a partir de ilustraciones, una mixtura que esperamos permita recorrer estas poblaciones en su riqueza y complejidad. Así, evocaremos escenas del pasado, pero también del presente y algunas ideas sobre el futuro. Al mismo tiempo, transitaremos por diversas escalas, desde la intimidad del hogar, a las veredas y calles próximas, re-conociendo a la ciudad y los procesos urbanos que le dan forma.

TALCA EN EL SIGLO XX: INDUSTRIAS, TERREMOTOS Y REMODELACIONES

Es muy probable que muchos de ustedes, lectores, hayan vivido por lo menos un terremoto en su vida. Ya saben: sin aviso, la tierra se sacude, se viene abajo lo viejo, lo nuevo resiste estoico, las calles se llenan de polvo y pánico, escombros y grietas. No somos los mismos después de un sismo: se habla de aquello por largo tiempo. Guardamos recuerdos exactos, grabados a fuego en la memoria personal y colectiva, si es que esta última existe. Para bien o para mal, las ruinas que no nos dieron las guerras nos las dio la tierra con sus temblores.

En este caso, nos vamos a referir a un terremoto que ocurrió a principios del siglo XX y cuyas consecuencias fueron algo más que una marca en la memoria de una ciudad. O así nos aventuramos a pensar.

Fue pasada la medianoche del 1 de diciembre de 1928 cuando un brusco movimiento despertó a los talquinos, como dice Von Kleist[8], "con un crujido como si el cielo se derrumbase". La destrucción, según se constata en fotografías y en la prensa

[8] Terremoto en Chile, cuento del autor alemán Heinrich Von Kleist. En Chile, el texto circula como libro independiente con el título de Terremoto en Santiago (LOM ediciones, 2002).

de la época, fue profunda. “Para que nuestros lectores se formen una idea de la magnitud de las oscilaciones y la violencia del movimiento sísmico”, apunta un periodista del Diario La Mañana del 2 de diciembre de 1928, “diremos que los señores Robles y Vaccaro nos informaron que una pared de piedra que tiene un metro y medio de espesor, sufrió serias agrietaduras que hace temer su estabilidad”. “La ciudad presenta un tétrico aspecto con sus casas destruidas y escombros diseminados en las calles y veredas”, señala la primera página del vespertino. Dantesco panorama, dirían los medios hoy, con primeros planos en alta definición.

En la misma entrega, se señala que el sector oriente de la ciudad, “donde viven los obreros de las fábricas de fósforos, de Cerveza y el Molino”, sufrió daños considerables. Lo mismo para la cárcel y el hospital, donde, según leemos, varias personas murieron aplastadas por los murallones mientras arrancaban, presas del terror que produjo el movimiento.

Tras el terremoto, la ciudad quedó completamente a oscuras. “La estación central de fuerza se vio obligada a cortar la corriente para impedir mayores malas”, señala un apartado. “A pesar de esto, se declararon catorce incendios en distintos puntos de la ciudad”. Al mismo tiempo, la ornamentación urbana sufrió diversos perjuicios: se nos informa, por ejemplo, “que la totalidad de las pesadas cornisas de cal y ladrillo que adornaban los frentes de muchas casas construidas de adobes, se hayan venido al suelo, arrastrando muchas murallas”. Misma situación para las tejas, pues

“muchas han quedado al borde del alero, listas para largarse al suelo al primer movimiento, aun con el paso de un vehículo cualquiera que haga trepidar un poco el suelo”.

En el número 8 de la revista Arquitectura y arte decorativo de Diciembre de 1929, se publicaba el artículo Una visita a Talca. Enseñanzas objetivas. Allí se señala que gran parte de las casas de la ciudad fueron construidas por “«maestros mayores» o aficionados, con muy buena voluntad, pero ninguna competencia que fuera prenda de seguridad, arte o economía”, deslizando además una sentencia que marcará la reconstrucción posterior: “de esos escombros deben surgir futuras ciudades levantadas por el estudio racional de técnicos, guiados por una meditada reglamentación de construcciones”.

Hasta el terremoto, Talca compartía con las demás ciudades del valle central chileno por lo menos dos características en común: la organización de su trazado era el del damero español, intacto desde la fundación de la ciudad. Junto a esto, la arquitectura de la ciudad era una mezcla entre construcciones coloniales, acaso el signo más evidente de su raigambre agraria y campesina, y construcciones neoclásicas, dentro de las que destacaba el Mercado Central –edificio que al día de hoy se encuentra en ruinas en un 90%-, la Intendencia y el Palacio Consistorial.

Es en el proceso de reconstrucción cuando se toman una serie de decisiones que modificarán y modernizarán el trazado urbano de la ciudad. En primera instancia, el Ministro del Interior encargó la tarea de proyectar el nuevo plano de la ciudad a la Dirección Nacional de Arquitectura de la época. Esa primera proyección contemplaba, entre otras cosas, el ensanchamiento de la calle 2 sur, la creación de 5 diagonales en la ciudad –desmarcándose de tradicional plano Damero—y la creación de diversos barrios residenciales (Vera, 2010).

Dichos planes, sin embargo, excedían con creces el presupuesto disponible. De este modo, y ajustándose el cinturón a la realidad presupuestaria del momento, la Honorable Junta de Vecinos de la ciudad diseñó un nuevo plano que tomara las directrices esbozadas por la Dirección General de Arquitectura, que sería creada por el presidente, Carlos Ibañez del Campo.

Aquí llegamos al tema que nos concierne. El 11 de marzo de 1929 se creó la Sub-Sección Talca del Departamento Técnico de la Habitación, con la finalidad de “construir casas higiénicas para obreros de modestos recursos y de acuerdo con la Ley 308”[9] . La documentación de la Dirección de Obras de la Municipalidad de Talca también respalda estas fechas, de este modo las poblaciones Nacional, Ferroviaria, Juan Antonio Ríos y Libertad fueron proyectadas el año 1929, mientras que los planos más antiguos de la población Belgrano son

9 Revista “Comuna y Hogar”. El documento fue consultado en las dependencias del Centro de Documentación Patrimonial de la Universidad de Talca y forma parte del Archivo Benito Riquelme. Lamentablemente, no se cuenta con la referencia exacta.

del año 1939. Pero primero habría que hacer un breve repaso por la historia de las viviendas sociales chilenas.

El surgimiento de la vivienda obrera: un poco de contexto.

Hoy habitamos las ciudades con holgura. Casi diríamos, endeudamiento mediante, que la vivienda no es un problema: centro y periferia, vistos desde un cerro o un avión, aparecen más o menos domeñados por la figura del barrio, la villa o la población. Cuando cae la noche y se encienden los postes, la urbe brilla y tiñe de un color anaranjado las nubes bajas.

Pero sólo remontarnos hasta principios del siglo XX –ciento y tantos años, un pestañeo apenas— el panorama era distinto. Al proceso de industrialización del país, con las ciudades como principal centro de operaciones, se le sumó la migración campo-ciudad, que fue modificando la demografía de la urbe chilena. Comienza a configurarse la clase obrera chilena y con su constitución, el surgimiento de demandas específicas para su sector.

El primer antecedente de la ley que crearía las viviendas obreras talquinas es la Ley 1.838 sobre Habitaciones para obreros. Dictada en 1906, tiene como objetivo, entre otros, "Favorecer la construcción de habitaciones hijiénicas i baratas destinadas a la clase proletaria i su arrendamiento a los obreros, o su venta sea al contado, por mensualidades o por amortización acumulativa"[10].

Hasta ese momento, las clases trabajadoras de la urbe chilena tenían a su disposición tres tipos de vivienda: los "cuartos redondos", habitación "que no tenía más luz ni ventilación que la provenía de la puerta de entrada; los "ranchos" y los "conventillos". Para hacerse una idea de las condiciones, echemos un vistazo rápido al cuento El conventillo del escritor chileno José Santos González Vera:

> *"En el patio se ve un hacinamiento de muebles deteriorados y utensilios fuera de uso que yacen ahí por negligencia o previsión de sus dueños. Sobre una mesa, aprisionadas en tarros y cajones, algunas matas de hiedras, claveles, rosas y juncos elevan sus brazos multiformes en un impulso irresistible de ascensión. El verde tonalizado de las plantas se desprenden del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.*

Los pequeños harapientos del conventillo gritan y chillan, mientras bromean con los quiltros gruñones y raquíticos".

Tal como señala Hidalgo (2002), el conventillo era una de las viviendas más habituales entre la clase obrera urbana de finales del siglo XIX y principios del XX. La construcción de los conventillos tenía dos orígenes: eran construcciones precarias que eran puestas en régimen de alquiler en el mercado.

10 Lei núm 1838 del Ministerio del Interior sobre Habitaciones para Obreros. Artículo 1. Publicada el 20 de Febrero de 1906.

Por otro lado, estaban aquellos que pertenecían a familias aristocráticas que, similar a como ocurre hoy con los migrantes extranjeros –venezolanos, haitianos, colombianos–, reacondicionaban sus propiedades en desuso para obtener ganancias económicas.

Puesto que la mayoría de los habitantes de estas viviendas se encontraban generalmente en condiciones insalubres, la ley de 1906 vino a subsanar esta situación. Se definieron estándares para la construcción de los inmuebles y normas sanitarias mínimas para su habitabilidad. Al mismo tiempo, se incentivó al saneamiento de los conventillos existentes o a su demolición en caso de no cumplir con las condiciones mínimas de higiene.

Sin embargo, tal como señalan Nash y Paredes (2011), esta política tuvo una serie de implicancias que profundizaron todavía más la dificultad el acceso de las clases populares a la vivienda. Entre las razones de esto, estaba la inexistencia de mecanismos claros respecto al rol del Estado en la construcción de las viviendas, el financiamiento y su injerencia en el mercado inmobiliario de la época. Al mismo tiempo, las viviendas que se construyeron al amparo de esta ley alcanzaron costos que las hacían asequibles para aquellos obreros de las capas medias y medias bajas con capacidad de ahorro (Hidalgo, 2002).

Es con la Ley de Habitaciones Baratas de 1925 cuando el panorama da un giro. El 9 de marzo del año mencionado, se publicó el Decreto Ley n° 308, Decreto-lei: de habitaciones baratas. En el primer artículo, se señala: “Créase un Consejo Superior de Bienestar Social, que sustituirá al Consejo Superior de Habitaciones para Obreros establecido por la Lei número 1,838, de 20 de febrero de 1906” [11].

En su artículo 18, la presente ley señala la preferencia a “sociedades de obreros y de empleados con personalidad jurídica”, así como a las “cooperativas que formen con este objeto el personal de las instituciones armadas, empleados públicos y de empresas del Estado”, recalcando que “se dará preferencia al edificio cooperativo-colectivo, entendiéndose toda construcción de un solo cuerpo asísmico e incombustible” [12].

Surgen entonces los conjuntos habitacionales conocidos como “poblaciones”, caracterizándose, entre otras cosas, por ser viviendas unifamiliares, de fachada continua y que “contribuyeron a crear una nueva morfología urbana residencial que fue más allá de la calle o pasaje aislado, construyéndose sobre trozos de terreno mayores e involucrando un número importante de manzanas” (Hidalgo, 2002 p. 101).

El año 1927 se crearía el Departamento Técnico de la Habitación cuya función sería estudiar los proyectos de la vivienda barata derivados del marco legal que hemos visto. Tal como se establece en el artículo n°5 de la ley[13], el Departamento Técnico de la Habitación también tendría por objetivo fiscalizar

11 Decreto-lei N°47 de Habitaciones Baratas, Ministerio de Higiene, Asistencia, Previsión Social y Trabajo. Publicada el 27 de Marzo de 1925.
12 Ibid.
13 Ley N°2024 que Fija la Organización del Ministerio de Bienestar Social, Ministerio de Bienestar Social. Publicada el 5 de Diciembre de 1927.

los proyectos de construcción de habitaciones en general junto a la asesoría en todo lo relacionado con la aplicación de las leyes relativas a la vivienda barata. De acuerdo a lo que se señala en la revista Comuna y Hogar citada más arriba[14], sería justamente éste Departamento de la Habitación, en la denominada “sub-sección Talca”, la encargada de la ejecución de las poblaciones obreras de la ciudad.

En el mismo documento encontramos que, tras el terremoto del 28, se proyectaron 4 de las 5 poblaciones: Población Nacional, Población Libertad, Población para Obreros Ferroviarios y Población Juan Antonio Ríos. De acuerdo a lo que señala allí, cada una de estas poblaciones fueron entregadas a sociedades cooperativas: Cooperativa Nacional (Población Nacional), Cooperativa Presidente Ibañez (Población Presidente Ibañez, hoy Población Libertad), Cooperativa Ferroviarios (Población Ferroviaria) y Cooperativa O. Profesión (Población Obreros Profesionales de Talca, hoy Juan Antonio Ríos).

La tipología de las viviendas, cuyas fachadas continuas y bloques de casas resaltan en medio del paisaje urbano local, se debería, de acuerdo a lo que señala el Premio Nacional de Arquitectura Miguel Lawner[15], a dos factores. “En primer lugar, la edificación en altura era, en ese tiempo, impensable. El uso del hormigón armado, que es el gran material de construcción, que hizo posible la construcción en altura, era muy incipiente o casi ignorado en los años 30 en Chile. Además, era un material caro, porque implicaba el uso de fierros en las armaduras. Sólo a raíz de la creación de la CAP, después del terremoto del 39, diría que en los años 40, se empezó a autoabastecer de fierros. En consecuencia, ese es un primer factor. Predominaba construcción baja. Uno o dos pisos. Dos. Los conceptos de ciudad jardín, unidad vecinal, que provienen del movimiento moderno de la arquitectura, empiezan a tener alguna vigencia internacional desde mediado de los años 30 en adelante. Antes eran inconcebibles. Entonces, el modelo de la edificación continua venía de la época colonial. Era impensable otra fórmula, porque no se había ideado el concepto de la Ciudad Jardín, que incorporó, por ejemplo, los antejardines y después la separación”. Características materiales, por tanto, que hablan de cómo ha ido mutando y transformándose la forma de pensar las ciudades y, en este caso, la vivienda social chilena.

Aunque no existen antecedentes respecto a la conformación de estas sociedades cooperativas en Talca, es destacable el hecho de que eran instituciones estatales –todavía incipientes en la década del 30— las que estaban involucradas en la gestión de los recursos para la construcción de las viviendas[16].

14 Revisar primera nota a pie de página.
15 Todas las citas pertenecen a una entrevista realizada a Miguel Lawner en Santiago el 18 de julio de 2019.
16 Para profundizar en detalle sobre las distintas leyes que fueron creándose para subsanar el problema de la vivienda social en Chile desde principios del siglo XX, sugerimos revisar el trabajo del profesor Rodrigo Hidalgo Dattwyler, Geógrafo y profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Un punto de inflexión para la historia del urbanismo en Chile.

"Ese terremoto generó la primera ley general de urbanismo y construcciones que, aunque tú no lo creas, rige hasta el día de hoy […] Difícilmente hay una ley vigente desde esos años hasta el día de hoy en Chile", cuenta también Miguel Lawner.

La revisión de la legislación coincide, justamente derivado de los efectos nefastos del terremoto de Talca de 1928 se promulga al año siguiente la Ley N° 4.563, la cual "autoriza al Presidente de la República para que, sin perjuicio de las facultades que la ley confiere a las Municipalidades, establezcan las normas a que deberá someterse la construcción de edificios y otras obras, en las distintas zonas del país, determinando su altura máxima y mínima, la naturaleza de sus materiales, las condiciones que deben reunir para impedir su caída y la propagación de los incendios y para evitar en lo posible los riesgos provenientes de terremotos u otros fenómenos, especialmente en lo relativo a teatros, iglesias, hoteles y demás establecimientos destinados a reunir gran número de personas. En las mismas Ordenanzas se establecerán las condiciones mínimas de higiene, salubridad y aspecto exterior que deben reunir los edificios, según su naturaleza y ubicación, pudiendo facultar a la autoridad comunal para que decrete la destrucción o reparación de las que amenacen ruinas, tanto interior como exteriormente"[17]. De acuerdo a lo que señala Cordero (2017), "este cuerpo normativo es considerado por algunos autores como la primera Ley de Construcciones y Urbanización, y claramente constituye el antecedente de lo que posteriormente dará lugar a un Derecho urbanístico integrado".

Así, la severidad de los daños producidos, especialmente en aquellas casas construidas en adobe, marca un antes y un después en la historia del urbanismo en Chile. Sigue Lawner: "Entre otras virtudes del terremoto de Talca del 28, que creó esta Ley General de Urbanismo y Construcción, ordenó también la creación de las Direcciones de Obras Municipales, que hasta entonces no existían. No había una entidad especializada en donde tú solicitaras permiso para construir conforme a las normas y las recibiera. Porque, de hecho, se construía casi sin norma. Talca debe haber sido una de las primeras ciudades en Chile que tuvo una Dirección de Obras Municipales".

Con el antecedente directo de la Ley N° 4.563, el 6 de febrero de 1936, 8 años después del terremoto, se publica en el diario oficial la Ley y Ordenanza General sobre Construcciones y Urbanización[18]. Entre otras cosas, la ley establecía que el Director de Obras Municipales, cargo nuevo a esas alturas, debería estudiar los planos de cualquier obra que se pretendiera edificar, fiscalizando que se cumpliera con la normativa vigente.

Al mismo tiempo, aparece la figura del profesional a cargo de la construcción. En el artículo 22 de la señalada ley, se lee: "Ningún arquitecto, ingeniero o constructor podrá intervenir en una construcción en calidad de tal, sin estar inscrito en registro de profesionales o de constructores de la comuna respectiva".

Se señala en el artículo 23, además, que "son ingenieros o arquitectos, los que posean el título de ingeniero civil o arquitecto, expedido por la Universidad de Chile u otra universidad con estudios equivalentes". La ley, diríamos, apunta también hacia una profesionalización del rubro. Profesionalización, todo hay que decirlo, vinculada en parte con el hecho de que muchas construcciones talquinas no contaban con la asesoría de expertos.

Las poblaciones obreras, independiente de las distancias entre sus años de fundación, funcionan dentro de la ciudad –de la ciudad simbólica, no sólo de la ciudad física—como una suerte de bisagra entre dos momentos de la historia del urbanismo chileno. A pesar de los cambios profundos no sólo en términos materiales sino en su composición social –ya revisaremos, por ejemplo, el caso de la población Juan Antonio Ríos—, su presencia es clave para entender una forma de pensar la vivienda social, tanto en sus materiales –la mayoría de las casas han soportado varios terremotos—como en su ubicación dentro del plano de la ciudad.

Parte de eso es lo que mostraremos en las crónicas que resumen los resultados de nuestra investigación.

REFERENCIAS

Cordero, E. (2017). La formación del Derecho urbanístico chileno a partir del siglo XIX: de la legislación urbanística al Derecho urbanístico integrado. Revista de derecho (Valdivia), 30(1), pp. 127-152. Disponible en: http://dx.doi.org/10.4067/S0718-09502017000100006

Diario La Mañana, Talca, Varios números.

Hidalgo, R. (2009). El papel de las leyes de fomento de la edificación obrera y la Caja de la Habitación en la política de vivienda social en Chile, 1931-1952. Revista INVI, 15(39).

Hidalgo, R. (2002). Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile. Una mirada retrospectiva a la acción del Estado en las primeras décadas del siglo XX, Eure, 28 (83), pp. 83-106.

González, J. (1918). El conventillo. Revistas de Artes y Letras, 3, pp. 266- 272.

Nash, F. y Paredes, G. (2011). Análisis crítico de las políticas de vivienda social en Chile, fundamentos para el reconocimiento del derecho a la vivienda. Disponible en: http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/111577

Opazo, G. (1942). Historia de Talca 1742-1942. Universitaria, Santiago.

Vera, R. (2010). Del neoclásico al Arte Déco, y desde ahí a la interrogante. Notas sobre el contexto de reconstrucción de la ciudad de Talca, Revista 180, 25, pp. 54-57.

17 Ley N°4563 del Ministerio del Interior. Artículo 1. Publicada el 14 de Febrero de 1929.
18 Decreto N° 4882. Ordenanza General sobre Construcciones y Urbanización. Ministerio del Interior. Publicada el 6 de Febrero de 1936.

POBLACIÓN NACIONAL

Frase común en antiguos moradores de ciudades como Talca: antes todo esto era campo. Aunque con el tiempo esa aseveración será apenas una oración vacía, un tic de nuestros padres o abuelos –el recuerdo de un recuerdo—, para los antiguos habitantes de la Población Nacional funciona como santo y seña para entrar en el reino del pasado.

Construida inmediatamente después del terremoto de 1928 y conocida inicialmente como Población Obrera Cooperativa Nacional, fue una de las tres poblaciones que se proyectaron dentro del plan de reconstrucción de la ciudad. “Yo lo que sé es que la Libertad y la Ferroviaria son exactamente iguales a esta. Es la misma construcción. Uno entra a cualquiera de esas casas y como que entrarai a tu casa. Son exactamente la misma, el mismo diseño. Y se hicieron el mismo año. Se hicieron después del terremoto del 29. Fueron entregadas el año 33. Fueron como casas de emergencia. Estas casas fueron casas de emergencia. Imagínate han soportado cinco terremotos” nos cuenta una de las habitantes antiguas del barrio.

Efectivamente, al igual en las poblaciones Ferroviaria y Libertad, la Población Nacional es un conjunto de viviendas de fachada continua que ocupan una manzana completa de la ciudad. En este caso, la manzana ubicada entre las calles 1 y 2 oriente, entre 7 y 8 norte. Para el momento

de construcción de la población, sin embargo, el paisaje que la rodeaba habría sido el deleite de los profesionales jóvenes chilenos de hoy, tan aficionados a la vida en contacto con la naturaleza. Como cuenta uno de los habitantes: “Recuerdo de que mis papás iban, de la casa de huérfanos, pasaban la casa de huérfanos y de ahí para atrás eran puras parcelas, puras chacras. No habían poblaciones. No estaba ni la villa Los Cóndores, era pura chacra. Mis papás iban a comprar verduras para allá. Pasabas la quinta, la placilla que hay, donde está el edificio ahora, y de ahí para atrás eran puras chacras. Y ahí hubo parcelas hasta el año 85 más o menos, fueron las últimas parcelas, nosotros íbamos a comprar para allá todo lo que era verdura, todo eso”. Otro de los habitantes complementa este relato: “La leche la íbamos a buscar ahí abajo. Acá había una escuela… la casa de huérfanos y al frente estaba la Escuela Hogar. Y al medio había un camino. Por ahí uno caminaba y se iba casi hasta el final y compraba la leche”. Todo esto era puro campo.

Otro de los entrevistados puntualiza: “Aquí, de la 1 oriente hacia abajo, eran 3 propiedades agrícolas. Una que pertenecía al regimiento, la otra pertenecía a la diócesis de Talca, que era donde estaba la casa de huérfanos. Y la otra era de un particular que se dedicaba a hacer vinito. A hacer vino y venderlo. Y ahí pasaba un canal. Nacía un canal allá en Lircay, ahí nacía el canal de la Luz. El Canal de la Luz atravesaba todo esos predios

que les digo, atravesaba la Alameda, iba a dar al Barrio Seminario y por el Barrio Seminario, más abajo, llegaba al río. ¡Para qué le cuento cómo lo hacíamos para bañarnos en ese canal! Había que aprendérselo de memoria para poder entrar y salir, porque si no se lo llevaba la corriente”. Cuesta imaginar que estos canales y ríos, depositarios hoy de basura, electrodomésticos viejos y otra clase de deshechos en los que no indagaremos para no espantar al lector, hayan funcionado como balnearios. ¡Pero lo fueron!

Lo que encontramos, entonces, es una vida urbana cruzada profundamente por las tradiciones rurales del Maule profundo: el deep Maule, para los entendidos. Sin ir más lejos, uno de los habitantes recoge, de entre sus recuerdos de infancia, a pregoneros y comerciantes de cochayuyos como parte del paisaje sonoro y comercial del lugar: “Aquí pasaba mucha gente con mula y cuestiones, vendiendo sus productos. ¿Te acuerdas que pasaban vendiendo leña, carbón, leche de burra?”. “¡Mote, castaña, camote!” era otro de los gritos habituales que podían escucharse, que nos habla, nos atreveríamos a decir, de las costumbres alimenticias de la época, previo al reinado del supermarket y el tan sobrevalorado completo con pan mojado.

Cosa similar ocurre con las costumbres de la época. Nuestros entrevistados, a la sazón niños o adolescentes, guardan recuerdos de fraternidad

vecinal y vida callejera. Gastar las zapatillas en pichangas barriales era, de acuerdo a los relatos recogidos, uno de los principales ejercicios del cuerpo personal y social de la población: "Nosotros, para el año 60 éramos un montón de chiquillos. Jugábamos a la pelota en la calle, principalmente en la calle 1 oriente y en ese triángulo que se hace ahí en la esquina, una pelota con un calcetín lleno con papeles, con trapo, así fue. Y después de eso, poco a poco fue avanzando. Nacieron las pelotas de cuero. Unas que tenían un correón, que ese correón dolía muchazo cuando uno le pegaba un cabezazo. Sobre todo si estaban húmedas".

Otro vecino lo recuerda así: "Aquí era algo impresionante. O sea, la hermandad que existía entre todos, ahora no se ve. Todos participaban, nadie se molestaba con los niños, llegábamos sucios, nadie te pegaba, nadie te retaba". Eran años donde la pirámide poblacional todavía no se inclinaba hacia adultos y adultos mayores como hoy, en que somos el reflejo torcido de los países de la OCDE.

Incluso, en un hallazgo absolutamente inesperado para esta investigación, uno de los vecinos recuerda un curioso dispositivo: llegada la fecha propicia para encumbrar volantines, los niños y adolescentes del lugar se volcaban a crear los suyos con elementos al alcance de la mano. Con ramas de coligüe y el papel apropiado, los infantes podían elaborar sus

propias cometas para adornar el cielo de tímidas estrellas diurnas. Caída la noche, comenta con seguridad nuestro relator, se colocaba una pequeña vela al interior de un recipiente que, impulsado por el movimiento del hilo, permitía seguir elevando el volantín sin perderle el rastro incluso con el sol perdido tras los cerros.

Eran estos mismos niños y luego adolescentes los que recuerdan Fiestas Patrias, navidades y años nuevos como momentos de festejo colectivo, en donde las puertas de las casas se abrían hacia el barrio: "Hartos niños, habíamos hartos. Los vecinos eran unidos. Siempre, por ejemplo… tengo otro vecino que vive en la esquina, que él no se recuerda mucho porque él llegó más grande, pero nos acordamos cuando, por ejemplo, pa las navidades, pa los años nuevos, los años nuevos aquí se abrían todas las puertas de las casas y todos afuera ponían una mesa. Se ponía una mesa, se ponía ponche, pan de pascua, cola de mono y toda la juventud empezábamos a dar los abrazos. En todas las casas. Al final terminaban algunos bien cosidos. Se ofrecían colemono, o un ponche".

"Aquí para el año nuevo se abrían todas las puertas. Eras niño, pero te atendían igual. Y te daban golosinas, te daban torta, te daban bebida. Para ustedes la bebida es algo común. A nosotros nos daban una sola vez y era el domingo. Pero para el año nos daban" comenta otro de los habitantes.

Hay que pensarlo así: no se trataba de una Edad de Oro perdida, sino más bien de una ciudad cuya escala era bastante menor a la de ahora. En toda la zona que los habitantes describieron más arriba como infinitas chacras y parcelas, está actualmente transformada en poblaciones. De los canales descritos por los habitantes queda, cómo no, el recuerdo. Este crecimiento urbano implica que se amplíen los tramos del transporte público y que circulen más vehículos particulares, cambiando por completo la dinámica de una población concebida en una época en que la ciudad era caminable.

Se suma a esto la instalación, a principios del 2000, de una universidad privada cuya matrícula –rentable negocio el de los títulos universitarios— crece todos los años, ampliando su oferta académica, abriendo nuevas carreras y creando nuevas demandas para la ciudad, tales como la entretención –que en Talca se remite casi exclusivamente a pubs con música estridente y aburrida— o vivienda. Para efectos de lo último, la Población Nacional ha sido uno de los sectores habitacionales que ha absorbido esta demanda y, de una u otra forma, ha modificado su composición social. No es descabellado, en este sentido,

pensar que un habitante elija transformar su casa en una pensión y obtener de esta una cantidad de dinero extra.

Está, por otro lado, la movilidad que genera el paso del tiempo, el crecimiento de las familias y las aspiraciones que introducen las transformaciones mismas del país. Una vecina lo explica así: “Es que mira, por ejemplo, los papás, muchos los papás ya mueren y los hijos se van. Se van por trabajo, se van porque encontraron casa en otra parte, se cambian de ciudad. entonces… las casas en sí no son tan grandes, entonces se les hace chica”. La ciudad, podemos pensar, como un plano que va cambiando su morfología a punto de éxodos masivos dentro de la misma ciudad o hacia otros lugares.

A pesar de que la población se encuentra en un lugar céntrico, a 8 cuadras de la Plaza de Armas y, por ende, del centro de comercio y servicios, los flujos de personas parecen seguir otras dinámicas. Por mientras, estas habitaciones, creadas al fragor de una reconstrucción que necesitaba edificios firmes para no desplomarse con facilidad, siguen con sus fachadas continuas, unas hacia las calles exteriores, otras mirándose de frente, acaso platicando sobre el clima o esperando el próximo desastre que ponga a prueba el asfalto talquino.

POBLACIÓN FERROVIARIA

Por distintas razones, todo lo que rodea a los trenes nos parece extemporáneo. Como salpicado por gruesos brochazos de nostalgia. “No me digas pobre por ir viajando así” canta Jorge González en el track inicial del disco Corazones de Los Prisioneros y parece que a todos se nos revuelve el estómago o se nos hace alguna clase de nudo en alguna parte del cuerpo. Jorge Teillier, que escribió Los trenes de la noche, dejó algunos poemas donde apunta lo siguiente: “El tren parte con resoplidos / de boxeador fatigado. / El tren parte en dos al pueblo / como cuchillo que rebana pan caliente”. Y también: “La tierra en primavera / y las ruedas del tren / aplastan las hormigas”. Estas pesadas máquinas, parecen querer decirnos estos fragmentos, no sólo atraviesan ciudades sino también parte del imaginario popular de un Chile algo distinto al que conocemos nosotros.

Ficción y cultura pop aparte, la realidad es que el mundo ferroviario ocupó un rol importante en la historia del país por lo menos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la década del 70 del convulsionado siglo XX. El Estado, por supuesto, cumplió un rol importante en la inversión de capitales para la construcción de infraestructura y la compra de máquinas. Sin ir más lejos, en 1884 –mismo año en que se crea el Banco de Talca— se crea la Empresa de Ferrocarriles del Estado (EFE), hito que permite entender la importancia del rubro ferroviario en la vida social y económica del país.

En el caso de Talca, el primer tren que atravesó la ciudad lo hizo el 15 de septiembre de 1875. De acuerdo al escueto relato que nos dejó Gustavo Opazo en su Historia de Talca, el 4 de julio de 1868 el municipio de la ciudad habría acordado ceder gratuitamente al Estado los terrenos para la construcción de la estación, que inicialmente fue proyectada en las calles 1 oriente y 15 norte.

El historiador relata el episodio así: “Ante la emoción para unos y la curiosidad llena de pavor para otros, silenció la máquina sus campanas y silbidos de anuncio. La locomotora iba adornada con la bandera de Chile. El público rompió en repetidos y frenéticos vivas, mientras la tropa saludaba con descarga de fusilería” (Opazo, 1942 p. 347).

De acuerdo al Censo de Población de la República de Chile levantado el 15 de diciembre de 1920, el rubro de los ferroviarios contaba con 490 trabajadores, siendo el gremio más numeroso del sector transportes en la ciudad, compuesto en su mayoría por hombres. Le siguen, en cifras, los Carreros (211) y los Cocheros (133). No es descabellado, por lo tanto, pensar que los ferroviarios constituyeron un sector que pudo generar una alta demanda de vivienda.

La Población Ferroviaria se funda a finales de la década del 20, durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo y como parte del plan de reconstrucción de la ciudad luego del terremoto de diciembre de 1928. La ubicación de las viviendas, como imaginarán, es interesante por muchas razones. Construida entre las calles 9 y 10 oriente, entre 5 y 6 sur, la población cumplía con una condición fundamental: encontrarse cerca de la Estación de Ferrocarriles, ubicada en la calle 11 oriente con 2 sur.

Como señala uno de los habitantes actuales, “era una población abierta, si se quiere, hacia los rieles del tren de la Estación de Talca. No había construcciones al fondo. Imagínense hace 70 años atrás, esto abierto, no había estos muros, sino que llegaba la locomotora tirando arriba el humo y las esposas de los maridos sabían qué marido venía en cada locomotora antigua, por el ruido. Tenían un ruido especial. Cada locomotora tenía un pito especial. Y ellas salían a recibir a sus maridos afuera”. El relato de otra habitante lo confirma y agrega algo más: “Antes la 5 sur estaba abierta. Era una calle, igual como ahora, antes pasaban del campo, venían carretas de bueyes con verduras, y pasaban siempre por esa calle, para llegar al mercado”.

Al mismo tiempo, su cercanía con la calle 10 oriente, conocidísima por ser el centro de la bohemia local durante parte importante del siglo XX, enfrentaba a los habitantes de población a un lugar pintoresco, por decir algo, en donde la fiesta nocturna y el flujo de personas eran las monedas de uso común. A esto se suma la cercanía con la Estación de Trenes, que la colocaba en un lugar de alta rotación de personas que utilizaban el tren como medio de transporte. Uno de los habitantes lo describe así: “Aquí había profesionales, había un barrio rojo, pero también existía el barrio estación, donde llegaban los viajeros. Había hoteles de paso, moteles de paso. Eran vendedores viajeros que venían del sur y agricultores. Porque llegaba hasta acá el ramal de Constitución, que traía todo el trigo, la avena, ¿me entendis tú? Era un barrio romántico, típica estación de ciudad grande”.

Las calles de los primeros años de la población no tenían el asfalto que las recubre ahora. Una de las entrevistadas, hija de propietarios, lo recuerda de la siguiente forma: “Nosotros no salíamos mucho aquí a la calle, pero por aquí jugábamos, por la vereda. Porque el pasaje era de piedra, la calle. Piedra. Eso se hizo cuántos años después, se empezó a pavimentar. Igual que las veredas.

Las veredas eran muy angostas, por la orilla tenían como para plantar. Pero nadie plantaba, porque era muy angosta".

Hay que recordar que, como las otras poblaciones investigadas, la Población Ferroviaria se encontraba en la periferia de la ciudad. "Es que Talca llegaba hasta ahí", señala uno de los habitantes. "De ahí para allá no había población. Hasta ahí llegaba. Y aquí llegábamos hasta la plaza Abate Molina. Para allá habían puras lecheras. Y la Curtiembre se construyó fuera del sector urbano. La ciudad fue creciendo y llegamos ahí".

La Plaza Abate Molina, que en los últimos años se ha transformado en un espacio público de alta demanda para todo tipo de actividades, era, en aquel entonces, apenas un espacio perdido al borde de la ciudad. Una de las habitantes la describe así: "Tenía como maicillo. De eso había. Toda la plaza era así. Y como le digo, los árboles estaban por fuera no más, pero adentro no habían árboles.

Por eso que caían ahí circos y juegos. Muchos juegos habían. Y eso después ya dejó, empezaron a hacerla más bonita la plaza. Y ahora está toda pavimentada. Nada que ver como antes". En una de esas esquinas, comenta también, existía una comisaría de la que tiene un llamativo recuerdo: "En la plaza, aquí en la 9 oriente, había una comisaría. Y pasaban a veces los carabineros por ahí. Andaban a caballo. Eso es cuando estábamos chicas, niñas. Y lo llevaban, así a veces dos carabineros a caballo. Y uno los veía pasar, que los llevaban a la comisaría esposado y los dos carabineros en sus caballos". Escenas del viejo western piducano.

Otro elemento que llama la atención tiene que ver con la construcción de las casas. Según comentan algunos de los entrevistados, la firmeza de los inmuebles estaría relacionada con el uso de rieles de ferrocarriles en la confección de la arquitectura de las mismas: "La armazón de esta casa, dicen, también, yo tampoco lo puedo confirmar; que estas casas tiene rieles. Dicen, yo no puedo confirmar, que utilizaron rieles para hacer la estructura de estas casas. Porque cuando vinieron a hacer, ¿ve que el medidor era hacia adentro la lectura?, ya, cuando vinieron a dar vuelta el medidor para ver la lectura desde afuera, le costó caleta, cualquier cantidad, romper la muralla. Sabe que saltaba, era un taladro que saltaba y saltaba. Esta casa ni se movió pa'l terremoto", cuenta una de las entrevistadas.

Cierto o no, el paseante que recorra los pasajes puede verlo con sus propios ojos: todas las viviendas, con sus fachadas continuas, se encuentran prácticamente intactas. El edificio, como seguramente se planificó en su momento, fue construido para resistir los constantes vaivenes de un territorio que cada cierto tiempo se sacude.

Lo que no se mantiene intacto, sin embargo, es su población: "La población ferroviaria, como el nombre lo indica, eran casas asignadas a personal ferroviario. Claro que ahora, ¿quién va a quedar? Vendieron, murieron", comenta uno de los entrevistados.

"Esta casa, antes de llegar nosotros el año 1977, mi mamá era profesora de la Escuela Básica Talca que está aquí en la 8 oriente. Se llamaba Escuela 3, y una colega de ella, que trabajaba con ella, vivía antes aquí. Y antes que esa colega llegara a esta casa a vivir, vivió otra colega más que también trabajó con ella. Hubo 3 familias de profesoras, todas de la escuela, como unos 14 años atrás. Porque el primer habitante, profesora, antes que desocupara el ferroviario dueño de este, el año 63, 64" señala otro habitante.

En una entrevista, el urbanista Jorge Concha[19] nos explica este fenómeno: "a los ferroviarios los transportaban como los milicos. Porque el gallo que era experto en máquinas a vapor, funcionaba en las máquinas a vapor de Talca. Pero resulta que, creciendo ferroviario, los transportaron a lo mejor a San Bernardo o a Temuco. Era una población móvil, como los milicos".

19 Entrevista realizada en junio del 2019 en el marco de la investigación.

En este sentido, es interesante constatar que algunos de los pilares que sostenían la vida social de la población han sido, a su manera, azotados por el paso del tiempo de diversas formas. Por un lado, el antiguo barrio bohemio de la ciudad, que venía cayendo en desgracia desde los 80, fue sepultado definitivamente con el terremoto del año 2010. De aquellos años queda el mito y un montón de peladeros en donde se acumula basura y maleza.

En situación más o menos similar se encuentra la estación Ferroviaria. Entre el declive del ferrocarril como uno de los grandes transportes públicos del país y los daños post-27F, la zona que la rodea, antigua zona de convergencia de pasajeros de diversa índole, es hoy un collage de cocinerías, tiendas de repuestos para autos y locales de diverso cuño. Aunque actualmente se encuentra reconstruida y funcionando, la estación de trenes está lejos de ser un lugar importante dentro de la ciudad.

Otro vecino del sector, parte también del viejo esplendor industrial de la ciudad, cierra sus puertas de forma definitiva. La empresa Curtiembre Talca S.A., ubicada frente a la población por el costado de la calle 9 oriente, entre 5 y 6 sur, pone fin a su faena luego de más de 150 años de funcionamiento. Sin embargo, el cese de trabajos representa más alivio que penurias. Comenta una de las habitantes: "Yo lo siento por los trabajadores, pero por mí no. Porque el baño, mi baño, el baño mío, yo lo tenía que manejarlo con cloro todo el día. Yo lo más económico que compraba eran los inciensos para colocar en el baño, para poder entrar en la noche, sobre todo. Salía todo el olor a esa cuestión que le echan fuerte a los cueros. Aparte de eso, hay como líquido que le echan, salía todo el baño aquí, el olor tóxico. De repente olor a parafina, a cera, a pintura".

Sin embargo, y como comenta otro vecino, la Población Ferroviaria aun no existía cuando esta empresa se instaló en el emplazamiento que hoy abandona: "es que Talca llegaba hasta ahí. De ahí para allá no había población. Hasta ahí llegaba. Y aquí llegábamos hasta la plaza Abate Molina. Para allá habían puras lecheras. Y la Curtiembre se construyó fuera del sector urbano. La ciudad fue creciendo y llegamos ahí". Una carta enviada al diario local en marzo del presente año señala lo siguiente: "Por fin un desahogo para el barrio sur y centro de Talca. El término de faenas en la curtiembre Talca es sin duda una gran noticia para la ciudad. Ese foco de hedores que tuvimos que soportar por decenas de años todo el barrio sur y centro, desde la 11 Oriente hasta la 3 Poniente, fue un martirio para los sufridos habitantes, especialmente los fines de semana cuando los inescrupulosos botaban sus desechos químicos y biológicos a la alcantarilla que recorre toda la calle 3 Sur hasta el Piduco ".

Con el cierre de la curtiembre y la incertidumbre respecto al destino de esos terrenos, la vida de la población entra en una zona nebulosa nuevamente. Tarea para los investigadores del futuro.

POBLACIÓN BELGRANO

"INO – OCIOS – URAN" se lee en el antiguo y destruido letrero acrílico de un viejo restaurant cercano a la población Belgrano. Nada sabemos de las letras que se perdieron (¿Dino? ¿Negocios? ¿Restauran?). A simple vista, parecen nombres de planetas lejanos o imaginarios, como Tlön, Uqbar y Orbis Tertius, esos mundos que inventó Borges en un cuento publicado en l940. En ese cuento, se nos dice que "el visible universo era una ilusión o (más precisamente) un sofisma. Los espejos y la paternidad son abominables porque lo multiplican y lo divulgan".

Por esa misma fecha, en Talca, sin espejos y en un acto que no podríamos calificar de abominable, crecía en los lindes de la ciudad una nueva población obrera de similares características a las que hemos revisado hasta ahora. A diferencia del letrero mencionado más arriba, las casas que componen la Población Belgrano se encuentran, al día de hoy, con todas sus letras bien puestas.

Vista desde arriba –Google Maps y sus cámaras vigilantes nos lo permiten—, la población en su totalidad está compuesta por tres bloques de casas, dos calles interiores que se conectan formando una U y una pequeña plazoleta que, tras indagaciones varias, es ocupada generalmente por estudiantes que la usan como una versión piducana de los fumaderos de opio, aunque con sustancias –sospechamos—mucho más inofensivas que

la droga favorita de Thomas de Quincey y Jean Cocteau. Vista a ras de suelo –nuestros ojos aun no son comprados por Google—, la población conserva las fachadas continuas, con pequeños antejardines en las aceras que rodean la calle 3 y 4 oriente con 6 sur, ubicación original donde fue construida.

Al igual que las poblaciones Nacional y Ferroviaria, la Población Belgrano se encontraba en los límites de la antigua ciudad. En este caso, en el límite sur, cerca del estero Piduco, afluente que da el gentilicio a los habitantes de la muy noble y muy leal ciudad de Talca, ex Villa San Agustín. Como bien recuerda uno de los habitantes, el borde "era un terreno pelado. Aquí, más al sur, habían los tres puentes. Los famosos tres puentes que habían en esa época y que hoy día está convertido en un puente no más". El puente, suponemos, es el que actualmente atraviesa el estero hacia la Población Brilla El Sol.

Otro de los vecinos entrevistados recuerda lo siguiente: "de esta calle [se refiere a la 6 sur] para allá eran potreros, entonces ahí habían quintas, tú ibas a comprar la leche, los tomates, todas esas cosas. Y cuando tú te querías ir bañar, en vez de ir al río, ¿dónde íbamos? Ahí al Piduco, porque estaba limpiecito. Ahí nos bañábamos, en el Piduco. Con esas gomas grandes, las ruedas". Para aquellos que no tengan experiencias cercanas con los balnearios populares, el relato se refiere al archiconocido flotador de cámara de camión: antes que Copec vendiera enormes flotadores con forma de pato, y tras las gestiones vecinales, niños

y adultos podían sortear la corriente colgados de una cámara de camión usada, cuyo diámetro permitía la navegación comunitaria.

Otro testimonio incluso menciona la existencia de un frondoso bosque de eucaliptus: "Aquí en la otra cuadra había un bosque tremendo de eucaliptus. Y a raíz de eso que mi madre le puso, desde que llegó aquí, "Almacén El Bosque" le puso. No había nadie. Después empezó a llegar gente demasiado necesitada de casa y se fue colocando a orilla del Piduco, se fue colocando hasta la 9 oriente". El almacén mencionado, dicho sea de paso, fue administrado durante más de 50 años por la madre del entrevistado. Ubicado en la esquina de la calle 3 oriente con 6 sur, actualmente es ocupado por una peluquería y un puesto de frutas. Su madre, como muchos antiguos habitantes originales del barrio, falleció hace un par de años. El autor del relato, en cambio, sigue allí, en esa casa que alguna vez albergara a sus padres y sus seis hermanos.

La plazoleta que mencionamos al principio fue, en su momento, una cancha de tierra que servía distintas funciones para la vida social de los habitantes de la Población Belgrano: pichangas, reuniones vecinales, fiestas navideñas, e incluso sede del Club Deportivo Belgrano, agrupación que continúa dando la pelea en los campeonatos locales. "Entonces, los jóvenes de aquí tenían un club, tienen un club, que se llama Belgrano. Y esa plaza que ustedes ven ahí era la cancha de fútbol. No era plaza. Ahí venían a jugar los cabros chicos, venían los jóvenes de acá", comenta una de las entrevistadas.

Otra, recuerda: “Pero claro, ponte tú, yo me acuerdo cuando yo era chica ahí en la plaza se celebraba el año nuevo, se juntaban todos. En la placita que hay ahí. Eso fue plaza, después fue una canchita de baby fútbol, después volvió a ser plaza. Y hacían, para la navidad, se hacía una once grande para todos los niños ahí, se ponían mesas en el medio, se celebraba con ellos la navidad”. Espacio barrial que evoca al mismo tiempo la pasión futbolera (“juegos de niñez / pichangas del barrio / cara sucia, sudor y barro” cantan Los Miserables en uno de sus himnos) y la existencia de momentos de comunión vecinal.

La instalación de la plazoleta, señalan, tuvo que ver con razones exclusivamente pragmáticas y de higiene: puesto que estaba cubierta de tierra, los días de viento en dirección norte-sur arrastraban polvo hacia las casas aledañas, transformándola en una molestia para los habitantes. Que el Club Deportivo Belgrano siga existiendo es, por cierto, signo de que el fútbol es, para quienes lo integran, mucho más que la mera nostalgia de La Edad de Oro de la población.

Sí pertenecen a ese otro tiempo, no mejor pero sí distinto, la fábrica de calzados Jarman y la fábrica de golosinas Calaf. Ubicadas ambas muy cerca de la población, fueron en su mejor momento lugares bullentes, movilizando trabajadores de toda la ciudad. A pesar de que entre los entrevistados ninguno mantuvo algún tipo de relación con estas –los padres de estos habitantes se desempeñaron en diversos ámbitos laborales—, la presencia de la industria en las cercanías de la población era insoslayable. “Más allá vivía una señora, que cuando –murió ya—, cuando se fundó esta población, ella fue la primera que llegó aquí. Y ella decía, po, que la gente de aquí era muy buena. Que era gente más obrera que de medio, ¿cómo se llama? Eran obreros. Unos trabajaban en la Calaf, otros trabajaban en Jarman. Gente que trabajaba en diferentes partes. Trabajaban en Jarman, en Calaf, en la aceitera. Cosas que no existen ahora”, comenta una.

Al mismo tiempo, otros vecinos recuerdan la presencia de profesores, carabineros y empleados públicos, lo que permite hacerse la imagen de una población de composición heterogénea.

Calaf, cuyos dueños incluso fueron propietarios de una parte del Banco de Talca, aparece en los recuerdos de los habitantes por los diversos olores dulzones que empapaban el perímetro de la industria: “me acuerdo que siempre salía un olorcito rico. Y en navidad, se sentía el aroma a pan de pascua en las tardes o cuando uno pasaba por afuera”.

La vida cotidiana de los habitantes hay que pensarla en términos del tamaño de la población y la época: los entrevistados vivieron su infancia y adolescencia entre las décadas del 50 y el 70. Sin televisión ni el variopinto set de dispositivos que los niños de hoy tienen al alcance de la mano, no hay que tener mucha imaginación para comprender que los juegos y actividades de los niños que fueron era radicalmente distinto al de cualquiera en pleno siglo XXI. Tomaremos esta larga cita que,

creemos, ilustra muy bien a lo que nos referimos: “Los mayores recuerdos, cuando nos juntábamos con las amiguitas aquí del barrio, jugábamos. Nos sentábamos ahí en el rincón con los amigos, nos juntábamos como seis amigas. Amigos y amigas. Y eso. A veces, ya, cuando teníamos 15 años fumábamos escondidas. Nos íbamos al frente. Porque al frente todavía, estaban recién el proyecto de construcción al frente. Y ahí nos sentábamos a conversar. Y eso, jugábamos a la escondida, azúcar candia, todos esos juegos. En ese tiempo no había lo que era computador ni celular, ninguna de esas cosas. Leíamos, leíamos muchos. Me acuerdo que a mí me gustaba leer. Mi papá me traía el McDonald, me traía el Billiken, que me encantaba, una revista argentina que llegaba aquí. Todas esas revistas de Pato Donald”.

Incluso la televisión, que hoy ha entrado también en su época “post”, era motivo de comunión: “Después, cuando empezaron a llegar los televisores, me acuerdo que nos reuníamos, nosotros no teníamos televisor. Y resulta que una amiga tenía televisor en su casa. El tiempo cuando el hombre llegó a la luna, ¿qué año fue? Esta amiga era la única que tenía televisor y todos nos fuimos a ver el hombre cuando llegó a la luna, porque era el único que tenía televisor”.

Las bolitas, otro juego insigne de las clases populares chilenas, aparece consignado como un pasatiempo clave de los infantes de la época: “Pucha, yo me recuerdo, era como contratado yo para comprar bolitas y jugar al choclón, como se llamaba. Se juntaban, de los participantes, por ejemplo, echaban 20 bolitas. La mayoría eran de piedra. 20 por decirle así, 20 bolitas, con otra persona. La juntaban así en la mano y las tiraban a un hoyito. Según las que quedaran afuera, se repartían. Se apostaba antes de tirarla, y ese se llevaba todas las que quedaban afuera”.

Está, por otro lado, la vida hacia el interior de la casa. Si bien las viviendas han ido modificándose de diversas formas, con ampliaciones que han tendido hacia la construcción de cuartos o espacios comunes –las ilustraciones que el lector tendrá a mano le permitirán hacerse una idea—, el tamaño de la familia influía mucho en la forma en que se habitaba el hogar. Suena a perogrullada, pero hay que imaginar las acrobacias espaciales que una familia con ocho hijos debía realizar para vivir en una vivienda con dos piezas, comedor, baño y cocina.

“Claro que la casa llegaba hasta ahí no más, hasta donde estaba el muro este. Y todo esto para acá era patio y mi papá la construyó toda. Porque se hizo bastante necesario, porque la familia de nosotros era grande. Éramos 8 hermanos. (…) aquí mi papá tuvo que hacer también camarotes para tenernos a todos juntos ahí, a pesar de que éramos peleadores. Es que la casa se hacía chica, para diez personas, se hacía chica”, comenta uno de los habitantes.

Pese a esto, la población envejece bien. Las familias se reducen en su ciclo, digamos, natural: los hijos estudian o encuentran un trabajo, dejan el hogar, buscan otros lugares. “Claro. Si yo comparo el pasaje de antes con el de ahora, nada que ver.

Porque ahora, por lo menos en mi pasaje, familias, nunca. Una persona en una casa. En otra, dos personas. Es como es un barrio, yo pienso que como es un barrio antiguo, la juventud que se casa hoy día se compra casitas nuevas y se van a vivir más para la periferia, porque ahí es donde han construido. Esa casa de verdad, que tenemos nosotros la ventaja de estar cerca del centro. Que podemos ir a pie a todos lados, ¿cierto? Eso es una gran ventaja que tenemos. Y que son casitas de un piso, para la tercera edad ideales, porque no tienes escaleras y te queda todo cerca", comenta una de las vecinas.

Efectivamente, las dinámicas de crecimiento urbano han tendido a expandir la ciudad hacia las periferias. La Población Belgrano, por tanto, se encuentra lejos de lo que fue el pasado narrado más arriba. Su cercanía con el centro de Talca la transforma hoy en un lugar que permite, entre otras cosas, prescindir, por ejemplo, de un automóvil. Viviendas creadas, por cierto, en un tiempo en que el automóvil era un lujo y ni siquiera tenía un espacio privilegiado en la manera de pensar los barrios: ninguna de estas casas, como bien pueden imaginar, tiene algo así como una entrada de vehículos.

Podríamos decir que fueron pensadas en una ciudad que todavía se concebía a sí misma como un espacio para ser transitado a pie y no nos estaríamos equivocando tanto.

Puede que sí. Que el lector lo juzgue.

POBLACIÓN LIBERTAD

Proyectada originalmente como parte del plan de reconstrucción tras el terremoto de 1928, la Población Libertad es uno de los conjuntos que cuenta con la ubicación más privilegiada. Situada en la calle 3 norte entre 9 y 9 ½ oriente, a pasos de la alameda y prácticamente devorada por la expansión del comercio en el centro de la ciudad, las casas que la componen han conservado las fachadas continuas que caracterizan a este tipo de barrios.

"Estas casas se construyeron el año 1937, por intermedio de la caja prendaria. Y ahí nosotros tenemos un problema, porque como son de esos años, antes eran vivienda económica. Lo que es vivienda social ahora. Estas casas están clasificadas como vivienda económica, si de hecho eran chiquititas. Este era la cocina, el comedor y el dormitorio y el baño y para allá era patio", comenta uno de los vecinos. Efectivamente, la tipología de construcción contemplaba un espacio común, usado como living-comedor, dos cuartos, baño, cocina y patio.

Como en la mayoría de las poblaciones estudiadas, las casas sufrieron, fundamentalmente, modificaciones interiores. Como relata una de las vecinas, muchas veces era la numerosa composición familiar la que obligaba a ir transformando el interior del inmueble para volverlo más habitable: "Pero mira, si mi mamá llegaron a

tener como siete, nueve hijos. Aquí al frente eran 9. Yo cuando chica dormía aquí con mis papás. Yo en ese tiempo, me acuerdo, una cuna tiene que haber sido. Y otra cama más para mi otro hermano que seguía, y los otros hermanos dormían adentro, en un dormitorio que habían hecho. Y las camas, dormían de a dos ellos, porque de otra manera no se podía. Y después, cabrito ya, uno que salió al servicio militar, se fue achicando la familia. Otro se fue a estudiar". Lo que hoy por hoy nos parece una práctica casi exclusiva de las élites y el Opus Dei era, como se puede constatar, una cuestión transversal al Chile de la primera mitad del siglo XX.

Hasta los años 90, las calles del barrio y sus alrededores no estaban pavimentadas. Como en las otras poblaciones obreras de la ciudad, los pasajes eran piedra y tierra: "Cuando llegamos, los pasajes eran de piedra. La 3 y media norte también. De la 9 hasta la 10 oriente era pura tierra, era un caos en el invierno. Y así nos fuimos organizando para ver cómo pavimentar las calles, los pasajes. De hecho, mi hijo no sabía caminar en las piedras. Se caía, era un show, porque andaba a porrazos y había que andar con él de la mano. Y ahí echamos a andar la junta de vecinos e hicimos la pavimentación participativa", señala un vecino.

Descontadas las incomodidades de ese periodo pre-asfalto, la memoria de algunos vecinos guarda recuerdos interesantes de aquellos años. Los inviernos, por ejemplo, radicalmente distintos a los secos inviernos actuales, desbordaban acequias y anegaban calles hasta transformarlas

en pequeños y temporales riachuelos. "La primera vez que pavimentaron, pavimentaron la pura calle central ahí. Yo era chica. Yo era cabra, porque en esos tiempos se hacía barro ahí y nosotros hacíamos zancos. De esas cuestiones que se hacen de tarro, como los artistas que andan encaramados en esas tremendas cuestiones, a eso le poníamos unos cordeles y salíamos, hacíamos como competencias. Y se hacían tremendas pozas y comíamos escarcha. Porque antes se hacía escarcha. Cuando había frío-frío, se hacía una cosa dura ahí y donde estaba más limpiecito, nosotros íbamos, sacábamos la cuestión y las comíamos. Si antes cuando era invierno, era invierno", enfatiza una de las vecinas. Y recuerda también: "No, aquí cuando llovía, llovía. No es como ahora que llueve un rato, a veces llueve toda la noche. no, a veces semana entera. Aquí cuando estaban las piedras se veía súper bonito, mis hermanos hacían barcos, barquitos de papel. Entonces, como está en declive [la calle], porque estas casas están en bajada, los niños hacían los barquitos. Hasta yo más grande hacía y me acuerdo haber tirado un barquito (…) hasta la esquina llegaban".

Como el lector de seguro ya sospecha, la mayoría de los recuerdos acá consignados son de hijos de propietarios que aun habitan el barrio. Los juegos infantiles, por lo tanto, son un lugar inevitable a la hora de pensar en la memoria del lugar. Juegos, probablemente, que todavía se practican en más de algún barrio de Chile: "En aquella época era el saltar, saltar la cuerda, hacer el luche. Pero era el saltar la cuerda y el luche. Pelota. Pelota también,

porque siempre llega una pelota para la navidad, cualquier casa, pero llega una pelota. Entonces hay que salir con una pelota a jugar", recuerda una de las vecinas. Otra, en cambio, consigna el archiconocido Las Naciones: "también jugábamos a Las Naciones, en ese tiempo se jugaba mucho a Las Naciones, ese con pelota. Como uno usaba delantal, no es como ahora que nadie usa delantal, parecía de esos delantales del colegio; pescábamos los delantales y las pelotas volaban. Y no eran pelotas, se hacían de papel, de cualquier cuestión, y ahí jugábamos, en el delantal recibíamos las pelotas, que no se nos cayera y dábamos vuelta. Jugábamos harto".

Plasmado también en la memoria de los habitantes del barrio está la fábrica de fósforos Volcán, conocida popularmente como "la fosforera". Instalada inicialmente en las calles 5 oriente con 3 norte, la fábrica de fósforos fue creada el año 1900 por la firma Oehringer, Fernández y Cía. El terremoto del 28 daña severamente su infraestructura y obliga a los dueños a encontrar una nueva locación, quedando, desde ese cambio hasta su cierre en la década del 2000, en la calle 8 oriente con 4 norte. Es decir, a un costado de lo que posteriormente sería la población Libertad.

Si bien la relación entre la población y la fábrica es, de acuerdo a los antecedentes que recogimos, meramente espacial –ambas se encontraban prácticamente juntas—; los habitantes señalan que algunos trabajadores de la misma ocuparon las casas. Descontado esto, la presencia de esta en las cercanías de la población aparece de forma inevitable en los recuerdos de los entrevistados: "Eso es lo que yo hecho mucho de menos, y aquí el caminar de la gente hacia la Fábrica de Fósforos. Era muy interesante, muy bonito, cuando era el horario, 5, 6 de la tarde, más o menos, y salía la fábrica y usted por la 9 oriente veía un mundo de gente caminando hacia allá".

Otra vecina recuerda las máquinas y las instalaciones: "No, ellos salían por allá, por el lado donde está la entrada del Tottus en la alameda, por ahí salía la gente de la fábrica. Esa era la entrada a la fábrica. Y ahí tú, cuando pasabai, ahí se veían todas las maquinarias y para acá, como esas puertas de ahí eran tremendos portones, y estaban abiertas, entonces tú veíai esa cuestión grande, como una guillotina donde cortaban los palos. Y los carritos que pasaban de un lado para otro".

Junto con la ocupación del espacio, la fábrica también intervenía el paisaje acústico de la población. Una de las entrevistadas lo recuerda así: "Estaba la Fósforo, y ese era el boom aquí de la población. En la mañana yo me acuerdo que dormía con la tía, en las piezas, se sentía a las 6 de la mañana como pasaban corriendo. Trabajaban muchas señoras ahí, ah, muchas mujeres. Pasaban las señoras corriendo. A las seis de la mañana entraba un grupo. Y eran muy buenas clientas aquí. Era el

único negocio que había”.

Entre los años 2006 y 2007, los accionistas deciden trasladar la fábrica de fósforos hacia la comuna de Retiro. Durante el tiempo en que las instalaciones quedaron abandonadas, los vecinos las recuerdan transformada en una especie de enorme basural-laguna-sitio eriazo digno de una película de ciencia ficción distópica: “Ahí después la dejaron años abandonada. Y sabe que había una laguna, se hizo un lago adentro. Una piscina inmensa. Y ahí tiraban la basura, era basurero. Los que no, alojaba gente ahí”.

Tiempo más tarde, el lugar que ocupó la fábrica sería reemplazado por uno de esos supermercados que pueblan todo lo ancho y largo de este país. Pero esa es otra historia.

La vida social del barrio, de acuerdo a lo que refieren los entrevistados, fue especialmente fuerte para los padres de los actuales habitantes. Estas relaciones funcionaban por cercanía y, podemos inferir, no estaban relacionadas necesariamente con la pertenencia al barrio en su totalidad.

Una de las entrevistadas relata: “Esta puerta ha sido toda la vida, esta puerta debe tener más de 100 años, yo creo, porque nunca se ha cambiado. Se ha arreglado no más. Y aquí… esta chapa no la tenía tampoco, era otra. Y entonces las puertas pasaban juntas, tú salías aquí y dejaba la puerta junta. Yo volvía para acá. (…) Esta llave le hacía a todas las casas, porque todas las chapas eran iguales. Si ella se quedaba sin llave, venía ‘señora Laura, ¿me presta la llave para abrir mi puerta?”. Y más adelante: “y mi mamá, a una hora en la tarde, se sentaba aquí en la puerta; hay una foto donde se sentaba con la señora de al lado, la Memé, le decíamos la Memé, y yo cuando más niña (…), yo en la noche la iba a acompañar, porque esa abuelita era solita. Entonces yo dormía con ella en la noche. Y en el día me venía para mi casa”.

A pesar de que aparecen recuerdos de fiestas que involucraban a todos los vecinos, en general los relatos apuntan hacia vínculos con aquellos con quienes tenían mayor proximidad física. Como en las demás poblaciones, son las navidades y años nuevos las que aparecen como momentos de reunión colectiva: “Para el año nuevo, para la pascua, cerraban los pasajes, las personas salían con sus mesitas, y compartían. Compartimos aquí. Me acuerdo que el último año que compartimos, no me acuerdo cuándo seria…”, señala una de las vecinas.

Otra lo recuerda así: “Yo recuerdo, cuando era

chica, por ejemplo, fiesta de año nuevo, aquí era todo comunitario. Entonces, las puertas, no había mucho ladrón, se me ocurre, en esa época, porque las puertas de calle estaban todas abiertas. No había protección de ventanas. Estas son las mismas ventanas de cuando se entregó la casa, aquí no se ha cambiado. Entonces el vecino venía y llegaba con su familia, venía a saludar, los abrazos".

Uno de los entrevistados de algunas pistas para entender qué factores habrían modificado dicha vida comunitaria: "Aquí se han hecho cosas. Por ejemplo, con esta cuestión de la pavimentación, después organizamos convivencias, por ejemplo, para las fiestas patrias. Pedíamos permiso y cortábamos el tránsito aquí en la 3 norte y colocábamos la bandera con empanadas, ponche, bebida para los niños, los que sabían bailar cueca bailaban cueca y se hacía un acto bien bonito. Después ya se dejó de hacer cuando empezaron a pasar los colectivos por acá, se dejó de hacer esta cuestión. Y lo que sí se ha hecho, se le celebra la navidad a los niños".

Efectivamente, la zona en la que la población se encuentra ha sufrido drásticos cambios. Junto al mencionado supermercado, se cuenta también la instalación de un mall y la apertura de otras multitiendas del retail. El valor de los terrenos en que se encuentra emplazada la población sin duda han subido, como lo señala uno de los entrevistados: "nosotros siempre hemos tenido problemas para reunirnos, porque no tenemos sede social. ¿Por qué? porque no hay un espacio público donde instalar una sede. No hay espacio. Y resulta que la municipalidad puede comprar una casa o un sitio, pero gastan hasta 20 millones de pesos. Y aquí la plusvalía es mucho más alta, entonces no vamos a encontrar nunca un sitio por 20 millones de pesos para instalar la sede de la junta de vecinos".

Nos atrevemos a dejar abierta la pregunta: ¿existe algún mecanismo que proteja estos barrios de las dinámicas del mercado inmobiliario y el alza del valor de los suelos? ¿terminarán estas casas transformadas en peluquerías, bufetes de abogados y quién vaya a saber qué otra cosa?

POBLACIÓN JUAN ANTONIO RÍOS

Finalizar este recorrido con la Población Juan Antonio Ríos no es casual. De las cinco poblaciones estudiadas, es la que ha sufrido cambios más profundos en su composición social. Las viviendas, cuya estructura ha resistido los terremotos y el paso del tiempo, se encuentran mayoritariamente ocupadas por servicios que van desde peluquerías –las más— hasta tiendas con insumos para mascotas. Población obrera, entonces, devenida en barrio comercial.

Transformación, todo hay que decirlo, que no es accidental y está relacionada con su ubicación. Emplazada entre las calles 2 y 3 norte con 7 y 8 oriente, fue construida durante el gobierno del presidente radical Juan Antonio Ríos. Al igual que la Población Belgrano, se pensaron 3 bloques de casas con dos pasajes internos y una pequeña plaza como lugar de esparcimiento.

La expansión del retail y el crecimiento de la zona para uso comercial en las calles centrales de la ciudad, terminó por encajonarla entre dos supermercados de cadena, parques de estacionamiento y una calle (2 norte) que funciona casi exclusivamente para la circulación de vehículos de la locomoción colectiva. Con este auspicioso panorama –fruto de Nuestra Gloriosa y Pujante Economía—, las calles de la población se transformaron en una suerte de extensión de los parques de estacionamiento. La plaza, por su

parte, es el territorio natural de los parquímetros que vigilan, talonario en mano, que nadie haga usufructo de las calles de Talca sin pagar lo que corresponde. Circula también el fumador casual de marihuana, el que ejerce un inofensivo microtráfico a través de redes sociales diseñadas para citas y las parejas que se abrazan o se odian en alguna de sus bancas de piedra.

Es probable que, de no ser por la firmeza de sus materiales, esta zona habría sido ocupada hace tiempo por un centro comercial o algo por el estilo. Parte de las dinámicas de una ciudad que cada cierto tiempo se sacude.

¿Cuántas personas pueden decir que nacieron en la casa que han habitado toda su vida? Para una de nuestras entrevistadas, que para efectos de confidencialidad vamos a llamar E., la población y su casa son su lugar en el mundo. Un lugar fijo y estable en tiempos donde la vieja fórmula de Marx –todo lo sólido se desvanece en el aire— se ha ramificado a todas las esferas de la vida social, elevada a la décima potencia.

E., sin embargo, vio los antiguos canales de la ciudad inundar las calles cuando la lluvia era lluvia y no una ausencia que nos atormenta con imágenes del colapso ecológico; vio, allí donde un supermercado perteneciente a Walmart ocupa la mitad de la manzana entre las calles 9 y 8 oriente con 1 y 2 norte, un antiguo molino de harina; escuchó, como otros antiguos habitantes, el traqueteo de los trenes y el sonido de las viejas fábricas que tuvieron su auge desde principios del

siglo XX hasta la quiebra del Banco de Talca y el giro hacia la privatización de los servicios básicos durante la Dictadura.

Vamos, mejor, a sus propias palabras: “Aquí, por ejemplo, esta calle era toda de tierra. Y yo, cuando estaba bien chica, me acuerdo que mi mamá me decía algunas veces en la noche: mira, hija, ligerito vas a sentir el ruido de las carretas. Y efectivamente, de allá, se sentía el ruido de las carreras. ¿No ve que los hombres vienen con unos palos, que les gritan así fuerte? Y se sentía cómo pasaba el rechinar de las carretas aquí, porque allá estaba la feria, donde está la vega. Pero eso en la calle se hacía”.

Dichas carretas, cuenta más adelante, cruzaban los cerros desde Pencahue para comercializar productos en la zona que antiguamente se utilizaba como feria libre, actual ubicación del Centro Regional de Abastecimiento (CREA).

“Yo creo que para la gente… en ese tiempo no se llamaba gente vulnerable, sino que gente de no muchos recursos para tener una casa. Yo tengo un recibo, que lo tengo por ahí guardado, que mi papá pagó 500 pesos por el arriendo, el primer arriendo que pagó”, comenta.

Su padre trabajó vendiendo abarrotes en la calle 1 sur, ex calle Comercio. Su madre, enferma tempranamente de una afección pulmonar, murió cuando E. era apenas una adolescente. “Mi papá se casó, sabiendo, con una mujer que era enferma. Entonces prácticamente a nosotros dos nos cuidaba él. Porque en esos años mi mamá tenía un asma y el asma no había con qué sanarla. Solo se usaban las yerbas… esas cosas”, dice con quieta resignación. Su padre, por aquel entonces, se hizo cargo de ella y su hermana mayor.

“La vida era muy de barrio, muy de familia, entonces para todo éramos más o menos unidos. llegaba el año nuevo y todos, no hacían fiestas grandes, pero todos en sus casas abrían las dos manos de las puertas y todo el mundo entraba y salía en todas las casas. Andábamos todos dándonos abrazos”, comenta al consultarle por la vida de barrio; “Me encantaba jugar en la calle. Entonces, mi mamá de repente no sabía dónde estaba yo, en cualquier parte yo me metía y si la señora ‘oiga, hay esto de comer, ¿quiere?’, listo, yo comía, lo que me daban. Me encantaba”.

Otra entrevistada comenta lo siguiente, en este caso, respecto a fechas clave como los años nuevos: “La chiquillada, andábamos de casa en

casa. Íbamos a saludar a la señora de al lado, a la de allá. Estos de acá no estaban (…) Pero andábamos de casa en casa. Y 'hola, pasen chiquillas, un poquito de bebida. Un ponchecito, a los más grandes. Un quequito'. Antes las viejas no teníamos los supermercados, entonces obligadas a hacer a manopla no más los quequitos".

La casa donde actualmente vive E., comenta, alguna vez fue la número 11 del conjunto: "Todavía tengo, por ejemplo, el recibo del agua, la luz, y dice Población obrera. Y teníamos nosotros el número, porque estas eran 18 casas. 16. Por el lado de la 7 hay unas, que están al lado oriente, y acá por este otro lado. Y estos dos pasajes. Los otros están por la 8 y por la 7. Y la numeración era del 1 al 16. (…) y después nosotros pedimos a la municipalidad (…) mis papás pidieron con mi padrino que nos dieran enumeración correlativa, porque la gente se perdía".

Efectivamente, la Población Juan Antonio Ríos fue construida en dos etapas. Otra de las vecinas entrevistadas complementa lo anterior: "Las 16 casas son obreras, pero las otras Juan Antonio Ríos. Porque como están divididas en dos partes, estas son 16 y las otras son más". Esa división, según se puede constatar en los planos existentes, es más bien arbitraria y sólo aparece en los relatos de los habitantes. Para efectos de planificación, la población fue pensada íntegramente como la encontramos hasta el día de hoy, con sus 40 viviendas, la mayoría –ya lo dijimos— usadas con fines comerciales.

Esto último se asocia también a un paulatino abandono de la población por parte de sus habitantes originales. Al respecto, E. nos dice: "Si no las venden, se vienen los hijos. En todas las poblaciones es así. Yo pienso que no se sostiene porque la gente trata de abarcar más, de tener más, entonces, ¿qué pasa? Que construyen en otra parte. Para ellos estas casas son viejas, ¿ves tú?, dicen "ah no, vamos a construir más al centro o nos vamos a Las Rastras", qué sé yo. A pesar de que estoy a unas cuadras de la plaza. Yo no me voy a Las Rastras ni llorando, ¿para qué voy ir para allá yo?". Y complementa: "20 años atrás empezó, yo creo, a cambiar algunos negocitos por ahí que aparecieron. Pero después las peluquerías, aquí se plagó de peluquerías. Aquí no hay tantas, aquí hay una o dos no más. Y toda esa gente que vivía se fue a otros barrios, se fue a otras partes. Se hizo otra casa más grande. Tenían más hijos".

Surge una tensión extraña: la población con más acceso a toda clase de servicios y con una ubicación más privilegiada, es la que aparece más despoblada. Sin ir más lejos, en el curso de esta investigación sólo se identificó a tres habitantes, que son los que aun habitan sus casas originales. Entre ellas, E., una absoluta sobreviviente. Sin embargo, ese lento éxodo se nota y ella lo nota: "Yo extraño mucho a los vecinos (…) El hecho de estar sola, no me gustaría estar tan lejos del centro. Tengo todo aquí. No tengo que salir lejos. Ahora tengo mi parroquia allá en la 2 sur, 3 y 4 oriente. Antes la tenía aquí en la 2 sur, esa que se cayó. Entonces yo iba 3, 4 veces en el día. No tenía problema. Por eso me gusta ese barrio, por lo central".

E., efectivamente, es soltera. Sus padres y su única hermana fallecieron hace años. Sin embargo, compensa esa soledad haciendo múltiples actividades. En ese sentido, la cercanía con el centro, de alguna forma, la cobija. Le facilita y hace sus días llevaderos. Por eso su decisión de permanecer, de no vender y transformar aquel espacio en un lugar cómodo y habitable.

Un lugar, también, para almacenar recuerdos. En la entrevista, por ejemplo, nos mostró un pequeño plato de loza que se vinculaba directamente con su padre: “En esos tiempos, mi papá compraba loza y la loza se la traían de Francia. Venía en barco, se demoraba meses en llegar y venía en cajones, así como los de tomate, con barritas, pero grandes, grandes, llenos de paja, de todo. Y me acuerdo que los traían aquí, yo apenas me recuerdo de eso. los traían y mi papá empezaba a sacar todo. No venía ninguno ni trizado”.

Muestra también una pequeña lámpara a carburo que su padre utilizaba en los duros inviernos de la zona central: “Los inviernos eran muy rigurosos. Yo cuando estaba chiquitita me acuerdo, ¡tanto trueno y tanto relámpago! Llovía 15 días seguidos. Y mi mamá me decía: era peor, hija, antes que tú nacieras. Llovía mucho, eran unos temporales horribles. Se apagaba la luz, entonces ahí tenían que usar, yo tengo todavía la lamparita que usaba mi papá, a carburo”.

De esos inviernos lluviosos, quedan también en su memoria algunas imágenes: “Incluso por aquí había un canal. El Baeza, que está por la PF. Ese canal bajaba por la 2 norte y tomaba cauce por aquí por la 2 norte, doblaba para la 7, de ahí seguía por la 2, y tomaba la 4 oriente hacia el sur. Y había muchos aniegos. Porque el agua pasaba, esa población que está más allá, la Olavarría, esa se llenaba de agua porque está como en bajada. Y aquí también, hasta la altura de los asientos de la placilla llegaba el agua”.

De esa época recuerda también las improvisadas formas de mantener los alimentos en buen estado: en una tina con agua, la mantequilla. Carne y verduras, sólo para consumo inmediato. El primer refrigerador aparecía recién en los 80. Antes de eso, era el padre el encargado de ir todas las mañanas a conseguir las provisiones para el día. Luego, al trabajo.

Ella y su hermana a la escuela. Luego, E. se haría cargo de cuidar a su padre durante su jubilación. Hasta que el tiempo la llevó a contarnos su historia y, con ella, solapadamente, la historia de la población.

PALABRAS AL CIERRE

Los relatos de los habitantes de las poblaciones obreras evocan maneras de vivir la ciudad que parecen lejanos, antiguos y muchas veces perfectos. Si bien la memoria es un órgano optimista que tiende a borrar o atenuar conflictos o situaciones desagradables y nos recuerda el pasado con colores románticos, los testimonios son una valiosa evidencia de las diversas, complejas e infinitas posibilidades de habitar la ciudad. Así mismo, muestran la íntima relación que existe entre los espacios, la historia y las dinámicas sociales, que en un constante devenir van conformando la experiencia humana contemporánea.

Las poblaciones obreras de la ciudad de Talca nos recuerdan también la relevancia de la política urbanística y como la muerte ha sido protagonista. Si en Europa las enfermedades fueron el principal motivador de la planificación urbana, en Chile –como no— los terremotos y sus consecuencias desastrosas forzaron a generar leyes y ordenanzas para intentar convivir de mejor manera con los movimientos inevitables de nuestro suelo.

Finalmente, por las mismas razones que en estos días las palabras “población” y “obrero” parecieran desfasadas, nos interesa recordarlas y relevarlas. Las poblaciones obreras de Talca fueron proyectadas y construidas en un marco político específico: un Estado con mayores atribuciones así como responsabilidades y una clase trabajadora agrupada e incidente. La ciudad es testigo y protagonista de estos procesos, es así como podemos observar como los estándares de los conjuntos de viviendas obreras superan por mucho a las viviendas sociales construidas al ritmo de los subsidios individualizados y los márgenes de ganancia de las empresas inmobiliarias. En consecuencia, las poblaciones obreras de Talca nos muestran que otros modos de hacer ciudad no sólo son posibles, sino que también necesarios.

AGRADECIMIENTOS

A las vecinas y vecinos que nos entregaron su tiempo y sus historias. Son sus voces, hilos del ovillo de sus memorias, los que acá quieren ser los murmullos que suenan en los bordes de la Historia.

A Jorge Concha, cuyo vasto conocimiento como urbanista de la ciudad de Talca nos entregó importantes claves para el desarrollo de la investigación.

A Miguel Lawner, que nos abrió gentilmente las puertas de su casa para orientar este trabajo. Nuestra admiración a su labor no solo como arquitecto, sino como un actor vivo de ese Chile más justo al que como equipo también aspiramos.

A los funcionarios de la Dirección de Obras Municipales de Talca y el Centro de Documentación Patrimonial de la Universidad de Talca por resguardar los valiosos archivos que documentan la historia de la ciudad.

A Jahylin Canales y Giusepe Cordero, estudiantes de arquitectura de la Universidad de Talca, cuyo trabajo y diálogo nos permitió enriquecer y orientar algunos cabos sueltos de nuestra investigación.

A nuestra familia y amigos.

RUTA PATRIMONIAL

1. PLAZA ITALIA

Comúnmente conocida como Plaza La Loba
Calle 2 sur con 11 oriente, Avenida Salvador Allende

Partir el recorrido en este lugar es clave y le da sentido a nuestro tema. Tenemos, por un lado, la estación de trenes. De acuerdo al historiador Gustavo Opazo, el 4 de julio de 1868 arribó por primera vez un tren a la ciudad. La comunidad asistió al lugar a observar el prodigio y celebrar ese pequeño paso para la ciudad. Con el tiempo, y por lo menos hasta la década del 80 del siglo XX, el gremio de los ferrocarriles fue uno de los más grandes de Chile.

Tenemos, por otro lado, la famosa Loba Capitolina, que fue donada a la ciudad el año 1939 e inaugurada en 1940. La obra fue diseñada por Carlos Veglia y el financiamiento estuvo a cargo de Giovanni del Sante, Alberto Tartari y la colectividad italiana. En el monumento podemos ver representado el mito de Rómulo y Remo siendo alimentados por la Loba Luperca flanqueada por dos columnas, detrás de las cuales vemos las ruinas sobre las que el mito prevalece. Bajo la escultura, una placa que consigna: “A Talca fraterna e ospitale. Questo símbolo della perennitá di Roma Imperiali e Latina”, que vendría ser algo así como “A Talca fraterna y hospitalaria, este símbolo de la perpetuidad de Rompa Imperial y Latina”. En el friso del monumento se lee la inscripción “Originis imago Semper adest” (“La imagen del origen siempre está presente”). En 1942, el obispo Manuel Larraín Errázuriz dio su bendición en el marco de la celebración del bicentenario de la fundación de la Villa San Agustín de Talca, antiguo nombre de la ciudad.

Hacia el oriente, la estación, el tren, los primeros atisbos de lo que acostumbrados a llamar progreso. Hacia el poniente, una escultura donada por una comunidad extranjera que muestra el mito y las ruinas imperecederas, el origen marcado por el desastre.

De terremotos y transformaciones hablaremos durante este recorrido.

2. POBLACIÓN FERROVIARIA

Recorrido entre calles 5 y 6 sur con 9 y 10 oriente.

Si se fijan, en el camino vimos, entre otras cosas, vulcanizaciones, sitios eriazos y una que otra fachada en ruinas. Son los restos del terremoto del 27 de febrero del 2010. Esta zona, y específicamente la calle 10 oriente, fue popularmente conocida como La sota. Aunque cueste creerlo, este fue el barrio rojo de Talca.

En las casonas, que ya no existen, se reunían hombres de la elite, el mundo rural, incluso obreros, a disfrutar de la bohemia y las big bands que animaban la fiesta.

La Población Ferroviaria, que fue proyectada el año 1929, estuvo muy cerca de esa vida nocturna. Fue, además, habitada por empleados de Ferrocarriles del Estado. Esta, junto con las otras que visitaremos, se construyó después de un gran terremoto que sacudió Talca en diciembre de 1928. A diferencia del terremoto del 2010, el epicentro estuvo mucho más cerca y por ende los daños fueron mayores. Las murallas de muchas casas de adobe colapsaron con el movimiento, dejando un panorama de escombros.

En ese momento, el país estaba bajo la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo. Dada la magnitud del siniestro, se tomaron diversas medidas. La más importante fue la Ley N° 4.563 publicada el 14 de febrero de 1929, la cual autorizaba al Presidente de la República a dictar normas para la construcción de edificios y otras obras, determinando su altura máxima y mínima, la naturaleza de sus materiales, las condiciones que deben reunir para impedir su caída y la propagación de los incendios y para evitar los riesgos de terremotos u otros fenómenos. Esta ley es muy relevante pues se considera como la primera Ley de Construcciones y Urbanización.

Las casas, como se puede ver, se mantienen en pie y, a diferencia de las que se encontraban en La Sota, resistieron casi indemnes el terremoto del 2010. Puesto que el adobe había mostrado poca resistencia en casos de emergencias sísmicas, se tomó la decisión de construir con materiales más firmes.

Esta población cuenta con tres bloques de casas y dos pasajes interiores. En el momento en que se construyó, estos eran los extramuros de la ciudad. La Plaza Abate Molina, ubicada entre las calles 6 sur con 9 y 8 oriente, era –según los relatos de los antiguos habitante—un lugar de tierra donde a veces llegaban circos y los niños jugaban a la pelota. La Curtiembre, que sucumbió ante la transformación de los mercados que empezaron a trabajar con el cuero sintético, está desde principios del siglo XX y fue la ciudad la que la alcanzó.

Hasta su cierre a principios del 2019, los habitantes de la población tuvieron que lidiar con malos olores y la contaminación que se filtraba a través del alcantarillado. A pesar de que no hay certeza respecto a qué va a pasar con sus instalaciones, es necesario que observen muy bien la población y sus alrededores: son estos cambios los que producen cambios en la ciudad y puede que en 10 años esto sea totalmente distinto.

3. ESQUINA 9 ORIENTE CON 2 SUR

De camino a Población Libertad

Luego del terremoto de 1928, la ciudad comenzó un plan de remodelación que incluyó, entre otras cosas, el ensanchamiento de la calle 2 sur. Esta avenida que ahora vemos, por donde transita gran parte de las micros de la ciudad, fue en algún momento del mismo tamaño que el resto de las calles de Talca.

La diagonal Isidoro del Solar, que conecta la Plaza de Armas con la Alameda, es otra de las obras urbanas que se realizó en esa época.

4. POBLACIÓN LIBERTAD

9 oriente, 3 y 3 ½ norte

Esta es otra de las poblaciones que fue proyectada inmediatamente después del terremoto de 1928. El lugar que hoy ocupa el supermercado, fue antiguamente utilizado por la Fábrica de Fósforos Volcán, que es creada en 1900 y es trasladada a las calles 8 oriente y 4 norte después del sismo.

La estructura de la población Libertad es similar a la de la Población Ferroviaria: pasajes interiores, las características fachadas continuas y la construcción en bloques. El modelo de la fachada continua responde, señala Miguel Lawner, responde a una herencia de la época colonial. La idea de ciudad jardín, con espacios entre casas y antepatios, comienza a difundirse recién desde la década del 30. Estas casas, por lo tanto, son un interesante espécimen urbano anterior a la concepción de ciudad que hoy prima.

Estas calles que hoy vemos pavimentadas, estuvieron en algún momento rellenas con piedra huevillo. Según relatan los antiguos vecinos del lugar, en las temporadas de lluvia el agua escurría entre las piedras como pequeño y temporal riachuelo. Recuerdan también las filas de trabajadores caminando desde la fábrica de fósforos hacia sus hogares por la tarde. En 2006, la planta se transporta a Retiro y el terreno quedó abandonado por varios años hasta la instalación del supermercado. Durante ese tiempo, el lugar se transformó en un eriazo que acumulaba basura y agua estancada.

Como pueden ver, muchas de las casas funcionan actualmente como locales comerciales. Esto se debe, en parte, al crecimiento del centro, que ha ido modificando el uso de las viviendas como locales de comida rápidas o peluquerías.

5. POBLACIÓN JUAN ANTONIO RÍOS

Calle 2 y 3 norte con 7 y 8 oriente

Esta es una de las poblaciones más interesantes en términos de transformaciones urbanas. La población Juan Antonio Ríos, que por su tipología de construcción –nuevamente: fachada continua, bloque de viviendas y pasajes interiores—fue concebida como Población Obrera, hoy ha quedado completamente tragada por los bienes y servicios del centro.

Como pueden ver, a diferencia de las que ya visitamos, los planos de esta contemplaban la creación de una plaza. De los cinco conjuntos estudiados, sólo esta y la población Belgrano –ubicada en la calle 6 sur con 3 oriente—cuenta con esta plaza.

La mayoría de las casas se encuentran hoy utilizadas como locales comerciales. Abundan las peluquerías, pero también hay tiendas de mascotas. Los pocos habitantes originales, sin embargo, conservan aun recuerdos de los viejos tiempos en la población: el sonido de las carretas que venían desde Pencahue a vender sus productos a la calle 11 oriente, antes de que se construyera el CREA. Imaginen estas calles de tierra y el sonido de las carretas.

Donde hoy vemos otro supemercado de cadena, los vecinos recuerdan un molino de harina. Donde vemos colectivos amontonarse, los vecinos vieron calles más o menos tranquilas. En el asta que se ve acá, se colocaba la bandera en fechas como las fiestas patrias.

6. POBLACIÓN BELGRANO

Calle 3 oriente con 6 sur

La población Belgrano, como pueden observar, es similar a la población Juan Antonio Ríos. Cuenta también con una plaza interior como zona de esparcimiento. Este terreno, sin embargo, fue usado originalmente como cancha de fútbol y sede del Club Deportivo Belgrano, que aún sigue vigente.

De acuerdo a los relatos de los vecinos, la cancha era un lugar que convocaba todos los fines de semana a personas no sólo del barrio sino también de afuera.

Esta zona de la ciudad, como ocurre también con las poblaciones Nacional y Ferroviaria, fueron en su momento los extramuros. Desde este punto hasta el Piduco, los antiguos habitantes describen pequeños bosques, potreros y chacras. El Piduco, incluso, funcionaba como un balneario popular en los veranos. De hecho, la Población Abate Molina, que ocupa gran parte de los alrededores

de Belgrano, fue entregada recién en los años 60 y cuya planificación estuvo a cargo del Premio Nacional de Arquitectura, Miguel Lawner.

Muy cerca de esta población, en las calles 4 oriente con 5 sur, se encontraba la fábrica de dulces Calaf. Junto con formar del auge industrial de la ciudad, que abarcó un periodo que va desde finales del siglo XIX hasta finales del XX, fue también fuente laboral para algunos antiguos habitantes de la población. Pero lejos de este dato objetivo, "la Calaf" subsiste como un recuerdo mucho más emocional: el olor de sus dulces y, en navidad, el aroma a pan de pascua que perfumaba los alrededores.

7. ESTATUA "LA VICTORIA"

Alameda con 1 Oriente

Esta historia comienza en el Puerto del Callao, pasa por Francia y termina en la alameda de la ciudad de Talca. El 2 de mayo de 1866, una escuadra española se acerca a las costas del Callao, en el marco de una serie de enfrentamientos que se venían desencadenando desde septiembre de 1864, cuando son tomadas las islas Chinchas por los españoles. El gobierno peruano, precavido, había encargado al ingeniero Ernesto Malinowski reforzar el puerto del Callao, agregando a estos trabajos la compra de cañones en Estados Unidos. El combate, que comenzó durante la mañana, dejó importantes bajas en la escuadra española. La resistencia peruana fue efectiva, obligando al enemigo a retroceder. El gobierno peruano, con el pecho hinchado de gloria, envía a un encargado a Francia para someter a concurso público la construcción de la estatua que conmemore a los caídos en la gesta de mayo del 66 y el triunfo de la resistencia. Luego de recibir varias propuestas y producir el entusiasmo de la comunidad artística francesa, el 15 de febrero de 1868 se corona como ganadora la propuesta del arquitecto Edmund Guillaume y el escultor León Cugnot. Luego de varios trabajos, la obra es expuesta en los Campos Elíseos, entre mayo y junio de 1872. La obra en cuestión es La Victoria. Dado que el tamaño del original era excesivamente grande, se construyó una réplica que en 1874 fue instalada en la ciudad de Lima. La original, en cambio, fue guardada en el Callao y, todo hay que decirlo, olvidada. El historiador Milton Godoy apunta: "durante años estuvo expuesta a un constante deterioro por la acción de la intemperie y su condición de verdaderos urinarios públicos, hecho que al ser tan repetido habría podrido los maderos de las cajas que contenían las diferentes partes que la componían".

Así fue como la encontraron las tropas chilenas que ocuparon el Callao durante la guerra del pacífico, a cargo del general José Francisco Gana. Y así mismo fue como la recibieron los talquinos, instalándola en 1904 en el monumento que conmemora al Batallón Talca. Pero los destinos de una estatua son complejos: en 1906, el terremoto, con epicentro en Valparaíso, la manda nuevamente al claustro del que salió, fragmentándose en cuatro. La falta de dinero en las arcas municipales haría que La Victoria durmiera algunas décadas, hasta ser instalada en la plaza Ignacio Serrano. El terremoto del 2010 volvería a tirar por el suelo a La Victoria. En algunas fotos de prensa de la época puede verse el rostro furibundo de la estatua tirando en el piso junto a un montón de escombros. Cuatro años pasó en restauración hasta ser reinstalada nuevamente en el monumento al Batallón Talca, en la Alameda de la ciudad, donde originalmente fue puesta a principios del siglo XX. Acaso habría que repensar el eslogan de Talca, París y Londres por Talca, París y Perú.

8. POBLACIÓN NACIONAL

1 y 2 oriente con 7 y 8 norte

Llegamos a la última población, aunque podría haber sido nuestro punto de partida. Nombrada inicialmente Población Obrera Cooperativa Nacional, la actual Población Nacional fue construida inmediatamente después del terremoto del 28.

Como pueden ver, la tipología sigue el mismo patrón de las ya visitadas: fachada continua, construcción en bloque y pasajes interiores. Al igual que la Población Belgrano, esta marcaba el límite sur-poniente de la ciudad. Aquí, hace 50 años, el límite entre campo y ciudad mostraba su rostro más radical. Los habitantes entrevistados para este trabajo, señalan que sus padres solían abastecerse de verduras y leche en las chacras que se encontraban fuera del radio urbano.

Donde la calle 1 oriente se tuerce en una curva que rodea la población, se encuentra esta pequeña plaza que, en los años 50 y 60, era la zona de juego de los más chicos de la población. Allí, señalan los antiguos vecinos, se reunían para jugar a la pelota o elevar volantines, si la época lo ameritaba.

En fechas especiales como navidad o año nuevo, estos pasajes eran ocupados por sus habitantes para festejar. Las puertas de las casas se abrían, algunos colocaban mesas afuera, y niños y adultos saludaban a sus vecinos, compartían bebida o cola de mono, queques y otros alimentos, reforzando los lazos de sus habitantes.

Esta población, a diferencia de las anteriores, contaron con unos pequeños subterráneos. De los entrevistados, la mayoría comentó que terminó rellenando ese espacio, que alguna vez fue utilizado como bodega. Si se fijan, algunas casas cuentan con pequeños respiraderos que permitían que ese espacio se mantuviera ventilado.

Al igual que el resto de las poblaciones, esta se ha mantenido materialmente intacta, salvo algunas excepciones. El terremoto del 2010 causó algunos estragos, especialmente en aquellas viviendas que se encontraban en las esquinas.

ESPACIO
V I V I D O .
P O B L A C I O N E S
OBRERAS DE TALCA SE
TERMINÓ DE EDITAR Y DIAGRAMAR
EN SEPTIEMBRE DE 2019 EN LA POBLACIÓN
EL ARENAL, TALCA. COLABORÓ
EN EL DISEÑO DE ESTA
TITÁNICA TAREA ALEN LAUZÁN.
IMPRESO EN "TRAMA" CON UNA
TIRADA DE MIL EJEMPLARES.

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Desarrollo
Cultural y las Artes (FONDART Regional) 2018

Ediciones UCM
Editorial Universidad Católica del Maule

Facultad de Ciencias Sociales y Económicas

CEUT

ISBN: 978-956-7576-98-2
9 789567 576982